

por el fuego, porque poderoso es el Señor Dios que la ha condenado”. Llorarán, harán duelo por ella los reyes de la tierra, los que con ella fornicaron y se dieron al lujo..., porque nadie compra ya sus cargamentos: cargamentos de oro y plata, piedras preciosas y perlas, lino y púrpura, seda y escarlata, toda clase de objetos de marfil, de madera preciosa, de bronce, de hierro y de mármol... Alegraos por ello, cielos, y vosotros, los santos, los apóstoles y los profetas, porque al condenarla a ella, Dios ha juzgado vuestra causa» (Apoc. 18 1-20).

De estas palabras podemos deducir lo siguiente: que tres cosas hicieron a Babilonia, y tres cosas la arruinaron: el orgullo, el lujo y el industrialismo, es decir, las tres concupiscencias. «*Por donde se ha pecado –dice la Escritura–, por ahí se es castigado» (Sab. 11 17).*

14º La Ciudad de Dios en la eternidad.

El gran profeta del Nuevo Testamento nos revela también la gloria futura de la Ciudad de Dios:

«Después oí en el cielo un gran ruido de muchedumbre inmensa que decía: “¡Aleluya! La salvación y la gloria y el poder son de nuestro Dios, porque sus juicios son verdaderos y justos; porque ha juzgado a la Gran Ramera que corrompía la tierra con su prostitución, y ha vengado en ella la sangre de sus siervos”. Y por segunda vez dijeron: “¡Aleluya!”... Y vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo. Y oí una fuerte voz que decía desde el trono: “Esta es la morada de Dios con los hombres. Pondrá su morada entre ellos, y ellos serán su pueblo, y El será su Dios. Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado”. Entonces dijo el que está sentado en el trono: “Mira que hago nuevas todas las cosas”. Y añadió: “Escribe: Estas son palabras ciertas y verdaderas”. Me dijo también: “Hecho está: Yo soy el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin; al que tenga sed, Yo le daré del manantial del agua de la vida gratis. Esta será la herencia del vencedor: Yo seré Dios para él, y él será hijo para Mi. Pero los cobardes, los incrédulos, los abominables, los asesinos, los impuros, los hechiceros, los idólatras y todos los embusteros tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre: que es la muerte segunda...»

Entonces vino uno de los siete Angeles que tenían las siete copas llenas de las siete últimas plagas, y me habló diciendo: “Ven, que te voy a enseñar a la Novia, a la Esposa del Cordero”... Y me mostró la Ciudad Santa de Jerusalén, que bajaba del cielo de junto a Dios, y tenía la gloria de Dios... Nada profano entrará en ella, ni los que cometen abominación y mentira, sino solamente los inscritos en el libro de la vida del Cordero... Y no habrá ya maldición alguna; el trono de Dios y del Cordero estará en la ciudad, y los siervos de Dios le darán culto. Verán su rostro y llevarán su nombre en la frente. Allí ya no habrá noche, ni tienen necesidad de luz de lámpara ni de luz del sol, porque el Señor Dios los alumbrará, y reinarán por los siglos de los siglos» (Apoc. 19 1-3; 21 2-11, 27; 22 3-5).

Hojitas de Fe

Guardad mi palabra

439

8. Los Mandamientos

Padre Emmanuel André Las dos Ciudades (III)

9º Lucha entre las dos Ciudades.

Los hombres han sido creados para vivir en sociedad: se reclaman unos a otros, y quieren unirse y agruparse para ayudarse unos a otros y disfrutar juntos de los bienes de la sociedad. Este orden viene de Dios, y habría sido guardado fiel e inviolablemente si el pecado no hubiera introducido el desorden en el mundo, y formado una ciudad al lado de la ciudad de Dios.

Sin embargo, los habitantes de la Ciudad del mundo no han rechazado el antiguo vínculo de sociedad creado por Dios entre los hombres, y también ellos tienden a unir a otros hombres en la misma comunidad de amor, de costumbres y, por consiguiente, de ciudad.

A su vez la Ciudad de Dios, fiel a su Creador, aspira a unir a todos los hombres en el conocimiento y amor de Dios, para que todos participen en ella y con ella de los bienes de la casa de Dios.

Vemos, pues, cuál es el punto de partida de la lucha entre las dos Ciudades: cada una de ellas quiere hacer prevalecer el amor que tiene en su corazón y las costumbres que de él se derivan.

La Ciudad del mundo tiene sus amores con que nos halaga, sus errores con que nos engaña, y sus amenazas y maldades con que nos aterroriza: «*amores, errores, terrores*», dice San Agustín; y con estas armas entra en lucha contra la Ciudad de Dios.

Por su parte, la Ciudad de Dios lleva en sí el amor casto de Dios y del prójimo, la fe y con la fe toda la verdad, sus obras de paz y de abnegación por todos y hacia todos, y con estas armas divinas soporta los asaltos de la Ciudad del mundo, y salva a los hijos de Dios.

La lucha comenzó tan pronto como hubo dos hermanos en la tierra: Caín y Abel son como el principio y el prototipo de las dos ciudades. Caín mata, Abel es víctima; pero él que mata queda más muerto que su víctima, mientras que Abel sucumbe y triunfa. Así, la Ciudad del mundo oprime muchas veces a la Ciudad de Dios; pero cuanto más parezca elevarse, más formidable será su caída; y la ciudad de Dios, aun cuando parezca conquistada, permanece victoriosa, porque Dios está con ella.

10° De Jerusalén a Babilonia.

Como resultado de la lucha entre las dos Ciudades, a veces vemos a los habitantes de una pasarse a la otra. Todo ejército tiene sus desertores.

Así sucede que algunos habitantes de la Ciudad de Dios, dejando de ser fieles a su Creador y Salvador, se convierten en hijos de Babilonia. Tal como ese hombre que, yendo de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de ladrones, que lo despojaron y lo cubrieron de llagas, así también el desertor de la ciudad de Dios es despojado de los dones de la gracia, y herido en todo lo que le queda. Tal fue también el hijo pródigo que, queriendo vivir según sus propios criterios y libertades, dejó la casa de su padre y se fue a un país lejano donde se puso a criar cerdos. Ese país lejano es Babilonia.

Tales son aún los herejes y los cismáticos que, después de haber recibido el bautismo, se separan de la comunión católica, rompiendo los lazos de fe y de caridad que los hacían ciudadanos de Jerusalén, y van a vivir a la ciudad que ellos mismos se construyeron, semejantes en eso a Caín.

Y tales son también muchos católicos que, habiendo perdido la caridad, quedan en el hábito del pecado y en el estado de pecado, viviendo en él en una especie de seguridad y muriendo en él en una falsa tranquilidad: también ellos han pasado de Jerusalén a Babilonia. Pero ¿eran todos estos hombres realmente de Jerusalén?

«Salieron de entre nosotros –dice San Juan–, pero no eran de los nuestros, porque si lo hubieran sido, se habrían quedado con nosotros» (I Jn. 2 19).

En todos estos hombres, el pecado introducido por Adán en la humanidad prevaleció sobre la gracia que les había sido otorgada en Nuestro Señor: misterio formidable y causa de un dolor muy amargo y profundo para todos aquellos cuyo corazón está fijo en Jerusalén.

11° De Babilonia a Jerusalén.

Hay ciudadanos de Jerusalén que, por un tiempo, pueden hallarse extraviados en Babilonia. Allí cayeron, ya sea por el pecado original, ya por el pecado actual, pero a la hora sabida de Dios, salen de la cautividad y encuentran la libertad. Escuchemos a San Gregorio:

«El Señor, por medio de uno de sus profetas, dijo: “Pasarás hasta Babilonia, y allí serás puesto en libertad” (Mi. 4 10). Suele suceder que un hombre que ha caído en la confusión de los vicios, avergonzándose luego del mal que ha hecho, vuelve por la penitencia, y con una vida santa se levanta de sus caídas. ¿No es ese el hombre que pasó hasta Babilonia, y allí fue puesto en libertad? Sí, su alma había caído en la confusión y obrado el mal, pero luego se avergonzó de ello, se volvió contra sí mismo y, haciendo el bien, tornó a un estado mejor. Aquel, pues, a quien la gracia salvó de la tierra de confusión, aquel fue puesto en libertad en Babilonia» (Homilía 10 sobre Ezequiel).

El paso de Babilonia a Jerusalén no siempre es fácil, ni siempre es despejado el camino. A menudo hay una lucha, tanto contra sí mismo como contra los ha-

bitantes de Babilonia que quieren seguir viviendo allí, y que quieren que los que están allí sigan permaneciendo con ellos.

Pero, así como en algunos hijos de Jerusalén vimos prevalecer el pecado, también vemos en algunos hijos de Babilonia prevalecer la gracia de Nuestro Señor; y aquellos cuyos corazones Dios ha tocado salen de Babilonia, a la cual no pertenecían, y vienen a Jerusalén para buscar y encontrar la paz de los hijos de Dios.

12° Fin de las dos Ciudades.

Por el fin de las dos Ciudades entendemos, no lo que las haría dejar de existir, sino el término más allá del cual ya no tienen nada que buscar, nada que esperar. El fin de la Ciudad de Dios es Dios mismo, y el fin de la Ciudad del mundo es el grado de maldad que ya no podrá exceder; o, en otras palabras, el bien supremo por un lado, el mal supremo por el otro: la vida eterna por un lado, la muerte eterna por el otro.

Los santos, los fieles que no habrán amado la tierra ni las vanidades de este mundo, encontrarán a Dios a quien habrán amado sobre todas las cosas; dejando la vida presente, no habrán perdido nada de lo que amaban; y lo que habían creído, lo verán, y en esta visión de paz serán bendecidos.

Los incrédulos, los pecadores, no tendrán nada de lo que habrán amado, ni a Dios, a quien no amaron y de quien no quisieron saber nada; encontrarán en sí mismos la causa de su castigo, y sin poder ya morir, estarán en la muerte eterna. Dice San Agustín:

«Después de la resurrección y del juicio universal, las dos Ciudades habrán llegado a su fin, tanto la de Jesucristo como la del diablo, tanto la de los buenos como la de los malvados, compuestas ambas, sin embargo, de ángeles y de hombres. Los buenos nunca más tendrán la voluntad de pecar, y los malvados nunca más la facultad. Y no habrá ya muerte que esperar, ni para los que vivirán verdaderamente felices en la vida eterna, ni para los que sin poder morir permanecerán miserables en la muerte eterna, porque ambos estarán allí para siempre» (ENCHIRIDION, capítulo 31).

13° La caída de Babilonia.

San Juan, en su divino Apocalipsis, nos describe como sigue la caída de Babilonia:

«Después de esto vi bajar del cielo a otro Ángel, que tenía gran poder, y la tierra quedó iluminada con su resplandor. Y gritó con potente voz diciendo: “¡Cayó, cayó la Gran Babilonia!... Del vino de sus prostituciones han bebido todas las naciones, y los reyes de la tierra han fornicado con ella, y los mercaderes de la tierra se han enriquecido con su lujo desenfrenado”. Luego oí otra voz que decía desde el cielo: “Salid de esta ciudad, pueblo mío, para que no os hagáis cómplices de sus pecados y os alcancen sus plagas... Dadle como ella ha dado, dobladle la medida conforme a sus obras, en proporción a su jactancia y a su lujo, dadle tormentos y llantos. Pues dice en su corazón: Estoy sentada como reina, y no soy viuda, y no he de conocer el luto... Por eso, en un solo día llegarán sus plagas: peste, llanto y hambre, y será consumida